

# Cuatro acepciones de la noción de fragmentación en Lacan

## *Four meanings of Lacan's fragmentation*

Por Lucía Costantini<sup>1</sup>

---

### RESUMEN

El presente artículo tiene como objetivo explorar la noción de fragmentación en la obra de Lacan, particularmente desde sus primeros escritos hasta "El Seminario 9" (1961-1962). El propósito de dicha exploración es rastrear los antecedentes de la articulación entre el cuerpo y el agujero en psicoanálisis. En primer lugar, trabajaremos la fragmentación articulada a lo que Lacan entiende como la prematuración biológica en los años '30 y '40. En segundo lugar, examinaremos la fragmentación como efecto de la estructura del lenguaje en escritos y seminarios de los años '50. En tercer lugar, analizaremos la fragmentación en relación al objeto *a* en 1960. Por último, y como parte de las conclusiones finales, extraeremos y fijaremos algunos aportes teóricos y clínicos que se desprenden de la noción lacaniana de la fragmentación.

**Palabras clave:** Fragmentación, Agujero, Cuerpo, Psicoanálisis

### ABSTRACT

The aim of this article is to explore the notion of fragmentation in Lacan's work, particularly from his first writings until *Seminar 9* (1960-1961). The purpose of this exploration is to trace the antecedents of the articulation between the body and the hole in psychoanalysis. In the first place, we will work on the references to articulate fragmentation to what Lacan understands as biological prematurity in the human being in the 30s and 40s. Secondly, we will examine fragmentation as an effect of the structure of language in writings and seminars of the 1950s. In the third place, we will analyze the fragmentation in relation to *a* object in 1960. Finally, and as part of the final conclusions, we will extract some theoretical and clinical contributions from the lacanian notion of fragmentation.

**Keywords:** Fragmentation, Hole, Body, Psychoanalysis

---

<sup>1</sup>Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Licenciada en Psicología UBA.

Docente de la Cátedra de Psicopatología II. Facultad de Psicología. UBA.

Universidad de Buenos Aires. Secretaría de Ciencia y Técnica (UBACyT). Investigadora. Becaria de Investigación. Categoría Maestría UBACyT. 20020170100444BA 2018-2021: Lazo social, nudos y diagnósticos en el último período de la obra de Jacques Lacan (1971-1981). Buenos Aires, Argentina.

E-mail [lucia\\_costantini@hotmail.com](mailto:lucia_costantini@hotmail.com)

## Cuatro acepciones de la noción de fragmentación en Lacan

Soy los alrededores de una casa de campo que no hay,  
el comentario prolífico de un libro nunca escrito...  
Yo, verdaderamente yo, soy el pozo sin paredes,  
pero con la viscosidad de las paredes,  
el centro de todo con la nada a su alrededor  
F. Pessoa, *Libro del desasosiego*

### Introducción

El presente trabajo forma parte de la investigación de Maestría *Formalizaciones del cuerpo en la obra de J. Lacan a partir de la superficie del toro: Seminario IX, La Identificación, y Seminario XXIV, l'insu que sait de l'une-bevue s'aile 'a mourre* (Costantini, 2016) y del Proyecto de investigación UBACyT 2014-2017 *Diagnósticos en el último período de la obra de Jacques Lacan (1971-1981)* (Schejtman y Leibson, 2014). En la investigación que llevamos a cabo nos preguntamos qué formalizaciones del cuerpo realiza Lacan a lo largo de su obra sirviéndose de la topología, en particular de la superficie del toro, y qué implicancias tienen dichas formalizaciones para el diagnóstico diferencial.

Existen numerosos antecedentes sobre el estudio de las formalizaciones del cuerpo en la obra de Lacan, se destaca entre otros, un grupo de antecedentes que trazan en la enseñanza de este autor distintos momentos de formalización del cuerpo, a saber: i. la relación del cuerpo a la imagen especular. ii. la relación del cuerpo al significativo. iii. el cuerpo en relación al objeto *a* –en su doble relación al goce y el deseo–. iv. la relación del cuerpo en el nudo borromeo de los tres registros (J.-A. Miller, 2014; C. Soler, 1993; F. Schejtman, 2013; R. Mazzuca, 1984; L. Leibson, 2018).

Desde la perspectiva de este grupo de antecedentes “El Seminario 9” se inscribe, especialmente, en el tercer momento de formalización del cuerpo, y “El Seminario 24” en el cuarto momento.

En este escrito nos proponemos explorar la noción de fragmentación en la obra de Lacan, particularmente desde sus primeros escritos hasta “El Seminario 9”. Con dicha exploración nos interesa rastrear los antecedentes de la articulación entre el cuerpo y el agujero en psicoanálisis. Consideramos que cada una de las acepciones de la fragmentación que iremos explorando y delimitando implica una lectura de Lacan sobre aquello primario que precede a la unidad corporal; lecturas que se articulan y se complejizan unas a otras, y que dan cuenta de los distintos momentos de formalización del cuerpo en su enseñanza.

Para el psicoanálisis el cuerpo, el yo y la realidad no son algo dado de entrada, sino una construcción. Lo primario entonces no es la unidad ni la totalidad, sino la pérdida de la naturalidad del objeto de la satisfacción de las necesidades, la falta de identidad, y la fragmentación corporal. Para referirse a ésta última Lacan utiliza la

palabra francesa “morceler”, *dividir, partir en pedazos o trozos, fragmentar, fraccionar*. Nos interesa resaltar la utilización de este término porque remite no sólo a la fragmentación, sino también a la división, el corte y la separación. Operaciones o efectos que, como veremos en este escrito, son fundamentales para el armado del cuerpo.

### Prematuración y fragmentación

Los escritos de los años '30 y '40 conforman para Lacan los antecedentes de su enseñanza en el campo del psicoanálisis. En dichos textos la temática de la constitución del cuerpo cobra un lugar preponderante, pues allí desarrolla su teoría del *estadio del espejo*.

Este estadio es definido como una identificación imaginaria a partir de la cual el sujeto alcanza el reconocimiento de su imagen en el espejo. Se trata de la imagen unificada del propio cuerpo, “y tal es la forma en donde toma su origen esa organización pasional a la que llamará su yo” (Lacan, 1948: p. 118). Este reconocimiento se produce inauguralmente<sup>1</sup> en la primera infancia, entre los 6 meses de edad y los 18 meses, estando el bebé sumido en la dependencia de la lactancia y en la incoordinación motriz, antes de tener siquiera un dominio real sobre su organismo<sup>2</sup> y disponer de él como algo unificado y coordinado. En ese sentido, el reconocimiento de la imagen del cuerpo como una superficie total es una anticipación respecto de la maduración fisiológica. Otro elemento a destacar es que la asunción de esta imagen es experimentada lúdicamente y con gran júbilo, a diferencia del chimpancé, por ejemplo, cuyo reconocimiento le es inane (Lacan, 1948, 1949).

Esta imagen que constituye al cuerpo unificado bajo los atributos de identidad, sustancialidad y permanencia, es también, con relación a la discordancia motriz, una “unidad ideal” (Lacan, 1948: p. 117), por eso Lacan la denomina *yo ideal*. Se trata de “la proyección de una superficie” (Freud, 1923: p. 27), en términos freudianos, de una imagen de sí en la que el sujeto puede reconocerse. Lacan también la denomina el *semejante*. El cuerpo entonces cobra consistencia por la identificación con la imagen del semejante.

En este momento de su obra Lacan ubica a la “prematuration natal fisiológica” (Lacan, 1948: p. 117) genérica en el ser humano como lo primario que precede al cuerpo unificado y como el resorte de la identificación del estadio del espejo. Con dicha prematuración se está refiriendo a “la incompletud y el ‘atraso’ del desarrollo del neuroeje durante los primeros seis meses” (Lacan, 1946: p. 183). Sus signos son el malestar, la incoordinación motriz, el retraso de la marcha y del desarrollo de la mayor parte de las funciones y aparatos del organismo, que determina en el niño un desvalimiento que lo pone bajo la dependencia absoluta del Otro de los primeros cuidados. En función de este atraso<sup>3</sup> el niño puede captar primero la forma humana perceptivamente antes de captar la totalidad de su cuerpo por la coordinación motriz.

El elemento fundamental que la prematuración neurofisiológica introduce es una “doble ruptura vital” (Lacan, 1938: p. 54), una “discordancia intraorgánica y relacional de la cría del hombre” (Lacan, 1948: p. 117). Una doble hiancia, a saber: en la unidad del funcionamiento del organismo y en la relación de adaptación del organismo con su medio ambiente. Precisamente, en este período de la obra lacaniana la fragmentación corporal es entendida como dicha desagregación de la unidad y de las funciones de relación.

Ahora bien, respecto de esta “Discordia primordial” (Lacan, 1949: p. 102) la unificación corporal lo que brinda es siempre un complemento ortopédico. Desde el momento en que el sujeto se aliena a la imagen, el proceso de maduración biológica de su organismo y la relación con su medio están trastocados por dicha alienación. El yo no es la síntesis de las funciones de relación<sup>4</sup>, sino la suma de identificaciones del sujeto, la suma de *fragmentos imaginarios*, podríamos decir. Es ilusión de unidad de ser, al mismo tiempo que “función de desconocimiento” (Lacan, 1949: p. 105).

De esta manera, la identificación del estadio del espejo no sólo es fuente de identidad, sino principalmente fuente de alienación, desconocimiento y agresividad, pues de entrada implica asumir algo que no se es: el yo se instaura en una relación de exclusión recíproca con el otro semejante, ‘tu o yo’, y siempre se representará a sí mismo como otro, y deseará como otro. Así, la unificación corporal y la unidad del yo nunca serán completas porque se alcanzan bajo una forma ajena y una identidad enajenante, y sobre la base de la fragmentación del organismo.

Retroactivamente, la fragmentación puede jugarse en el plano de lo que Lacan llama las *imágenes del cuerpo fragmentado* (Lacan, 1938, 1948, 1949). Esta referencia es de gran valor clínico porque permite delimitar bajo qué circunstancias, de qué formas y modos puede ponerse en juego la fragmentación corporal en la experiencia analítica. A la vez, que posibilita pensar una determinada relación del sujeto con su cuerpo que no es de unificación, porque se trata de imágenes parciales en las que el cuerpo no devuelve al yo una imagen donde poder reconocerse como “Uno”. Por eso el sujeto puede llegar a vivirlas con sentimiento de ajenidad, extrañeza y angustia.

Si bien hay en esas imágenes una relación con el propio cuerpo que agujerea a la unidad yoica, es a partir de la organización narcisista que el sujeto puede retroactivamente articular, significar y cubrir con velos simbólicos-imaginarios lo primario que precede a la unidad del cuerpo.

En ese sentido, el psicoanalista Roberto Mazzuca señala que tanto la *imago* del cuerpo entero como la *imago* del cuerpo fragmentado se ubican en relación con la fase narcisista (Mazzuca, 1984). En efecto, para Lacan la agresividad –en tanto tensión correlativa de la identificación narcisista– se manifiesta en la experiencia analítica como intención de agresión y como imagen de fragmentación y dislocación del cuerpo (Lacan, 1948).

Asimismo, el psicoanalista Joël Dor destaca otro aspecto de la imagen fragmentada del cuerpo: como

experiencia fantasmática anterior al estadio del espejo por la cual el niño experimenta su cuerpo, no como una totalidad unificada, sino como algo disperso. Este autor resalta entonces la función que tiene la identificación especular de “neutralizar la dispersión angustiante del cuerpo en favor de la unidad del cuerpo propio” (Dor, 1985: p. 90). En ese sentido, cita un pasaje del escrito lacaniano dedicado al estadio del espejo en el cual Lacan se refiere a éste como “un drama” (Lacan, 1949: p. 102) que va de la insuficiencia y la inadecuación a la anticipación imaginaria. Un drama que urde, trama para el sujeto, dice Lacan, las fantasías que se suceden desde la imagen fragmentada del cuerpo hasta la forma ortopédica de la unidad y la armadura alienante que es la identidad del yo.

De este modo, un autor hace énfasis en el surgimiento de la imagen fragmentada del cuerpo bajo la organización narcisista, y el otro, en dicho surgimiento como una experiencia anterior al narcisismo. Ambas referencias evocan el trasfondo de fragmentación sobre el cual se constituye el cuerpo del ser hablante.

En el mundo de los sueños, en las neurosis y en el arte, la fragmentación corporal se hace presente bajo la imagen del doble y de figuras antropomorfas, de imágenes de tejidos, órganos y secreciones corporales, en fantasías e imágenes de castración, mutilación, desmembramiento, devoración, destripamiento, reventamiento y dislocación del cuerpo, que ponen en juego la agresividad relativa de la organización narcisista, y que Lacan agrupa bajo la rúbrica de “imágenes<sup>5</sup> del cuerpo fragmentado”. También se manifiesta en el juego de los niños pequeños<sup>6</sup> y en determinadas prácticas sociales –desde ciertos ritos del tatuaje, de la circuncisión y de la incisión en sociedades ancestrales, hasta la moda– (Lacan, 1948).

En los sueños se hace presente especialmente en los momentos en que el trabajo de análisis “toca cierto nivel de desintegración agresiva” (Lacan, 1949: p. 103). Al respecto, Lacan comenta cómo en un paciente suyo, en quien, por medio de fantasías obsesivas se manifestaban mociones agresivas, en sus sueños, a través de ciertas imágenes de órganos y secreciones corporales, la fragmentación corporal aparece: “...en el sueño, se veía, yendo en coche con la mujer de sus amores difíciles, perseguido por un pez volador, cuyo cuerpo como de tripa dejaba transparentarse un nivel de líquido horizontal, imagen de persecución vesical de una gran claridad anatómica” (Lacan, 1948: p. 111).

En la histeria la fragmentación corporal también se pone en juego en la escisión de los síntomas conversivos. El caso *Dora*, con su síntoma de la tos, por ejemplo, muestra que la fragmentación del cuerpo es de una “anatomía fantásica” (Lacan, 1949: p. 103), que no sigue las vías neurológicas. En *Dora* la zona del tracto de mucosa que comienza en los labios es una zona que se recorta como erógena, de satisfacción pulsional que expresa y sostiene fantasías e identificaciones edípicas.

Correlativamente a esta fragmentación, la unidad yoica se muestra en los sueños bajo la forma de “un campo fortificado, o hasta un estadio” (Lacan, 1949: p. 103), cuyos contornos son muy particulares, pues están

hechos de “cascajos y pantanos” (Lacan, 1949: p. 103). Metafóricamente podemos encontrar realizadas estas fortificaciones yojicas en los distintos mecanismos defensivos de la neurosis obsesiva y en el síntoma fóbico, ya que éstos se edifican como una muralla protectora contra la angustia.

Lacan encuentra que, en la pintura, por ejemplo, en las obras de Jheronimus van Aken, “el Bosco”, el cuerpo fragmentado es evocado bajo la forma de miembros desunidos, de figuras antropomórficas devorando cuerpos humanos e imágenes de órganos orales e intestinales que adquieren alas y armas; y la estructura narcisista bajo la forma de esferas de vidrio en cuyo interior están distintos personajes del “Jardín de las delicias” (Lacan, 1948, 1949).

### Lenguaje y fragmentación

Una segunda y tercera acepción de la noción de fragmentación ligada al cuerpo las hallamos en seminarios y escritos de los años '50, época que para Lacan marca el comienzo de su enseñanza en psicoanálisis. Si bien en este período continúa entendiendo a la fragmentación del cuerpo como la discordancia fundamental, la no adaptación esencial, el desasosiego, el desorden y la anarquía de la vida instintiva del hombre (Lacan, 1954-1955), también introduce nuevas acepciones sobre esta noción. Pues es un momento de su obra en el cual enfatiza la importancia del registro de lo simbólico, de la estructura del lenguaje en la constitución del cuerpo y del yo.

Así, se vislumbra que la palabra no sólo determina desde antes del nacimiento el estatuto del sujeto, sino también “la llegada al mundo de su ser biológico” (Lacan, 1955: p. 339), y que el lenguaje mismo es cuerpo: las palabras y el discurso pueden erotizarse siguiendo las vías de la erogeneidad en la imagen corporal (Lacan, 1953).

En *El Seminario 1* Lacan presenta su *esquema de los dos espejos, o modelo óptico*, que le sirve para formalizar la teoría del estadio del espejo e introducir la función de lo simbólico en la unificación del cuerpo y la formación del yo a través de la instancia simbólica del *ideal del yo*. Se trata del “otro en tanto hablante” (Lacan, 1953-1954: p. 215), el otro en tanto tiene con el niño una relación simbólica, que hace de guía en la identificación. Por lo tanto, no hay cuerpo ni yo sin *otro* –simbólico e imaginario–.

En los Seminarios 3, 4 y 5, continúa destacando la función de la estructura del lenguaje en la identificación del estadio del espejo, al desarrollar la función del padre simbólico en dicha identificación –que es la de introducir en la relación del sujeto con el semejante una exclusión y una distancia que permite superar la alienación– (Lacan, 1955-1956), y al abordar a esta identificación al interior de la dinámica del complejo de Edipo, particularmente en relación a la identificación al falo imaginario (Lacan, 1956-1957, 1957-1958a). Asimismo, el ideal del yo es abordado en articulación con la identificación simbólica con el padre, con las insignias del padre real, en el tercer tiempo del Edipo (Lacan, 1957-1958a).

Pero primariamente el efecto de lo simbólico es de mortificación, pérdida y fragmentación. La cadena significativa es como un “molino de palabras” (Lacan, 1958-1959: clase 12/11/1958) por donde deben someterse las necesidades para ser satisfechas, pero al hacerlo retornan al sujeto alienadas (Lacan, 1958a). Por habitar el mundo del lenguaje las necesidades del viviente<sup>7</sup> se fragmentan, se cortan<sup>8</sup> y se trastocan al subordinarse a la demanda significativa. Pues en esa demanda que se opera por el Otro primordial se produce la identificación primaria con el significante (Lacan, 1958b). Es esta identificación simbólica la que captura al viviente en las redes del significante y hace surgir al sujeto<sup>9</sup>.

Por eso, para el ser hablante la naturaleza “está siempre profundamente desnaturalizada” (Lacan, 1956-1957: p. 254). En ese sentido, podemos decir que la “Discordia primordial” (Lacan, 1949: p. 102), la fragmentación en tanto desagregación y desarreglo de la unidad y del funcionamiento del organismo en el viviente es efecto de la estructura del lenguaje, y no únicamente de la prematuración biológica<sup>10</sup> genérica en el ser humano.

Ahora bien, esta enajenación primera al significante que mortifica y torna perdida la naturalidad del objeto de la satisfacción de las necesidades, fragmenta y corta las necesidades del viviente abriendo el campo de la satisfacción pulsional autoerótica: la necesidad, dirá Lacan, “se hace pulsión” (Lacan, 1960a: p. 623). La pulsión es “lo que adviene de la demanda cuando el sujeto se desvanece en ella” (Lacan, 1960b: p. 777), pero la demanda también desaparece y queda el corte: las zonas erógenas, los agujeros que la pulsión recorta y “aisla del metabolismo de la función” (Lacan, 1960b: p. 777).

Lo primario entonces es la operación de corte<sup>11</sup>, de fragmentación de las necesidades del viviente, y la fase autoerótica, de fragmentación de la satisfacción pulsional y de dispersión de la libido en innumerables objetos pulsiones. Así, delimitamos otras dos acepciones de la fragmentación.

En *El Seminario 2* Lacan propone una lectura del sueño de Freud de la inyección de *Irma* (Freud, 1900 [1899]). Distingue allí dos partes del sueño. La primera desemboca en una imagen del cuerpo fragmentado: la imagen angustiante y espeluznante de la garganta de Irma, de la carne informe y de las secreciones corporales, la carne sin velos, que jamás se ve, “verdadera cabeza de Medusa” (Lacan, 1954-1955: p. 249), como el cuadro de Caravaggio.

En la imagen de ese “pozo sin fondo de la boca” (Lacan, 1954-1955: p. 249) se trata de la revelación de algo imposible de nombrar que Lacan relaciona con el objeto de angustia<sup>12</sup> y con lo abismal del órgano femenino y de la muerte.

Pese al encuentro con ese objeto real angustiante Freud no se despierta y continúa soñando. Lo que sucede luego es ya la segunda parte del sueño: la descomposición y la fragmentación de la unidad del yo de Freud; su yo se descompone en las distintas identificaciones imaginarias que lo componen. Por eso, en esta segunda parte ya no hay Un yo de Freud, sino “la serie de los yo”

(Lacan 1954-1955: p. 251), el “trío de clowns” –doctor M., Leopold y Otto–, como lo nombra Lacan. Así, el sujeto se borra en esa pluralidad imaginaria y es “sustituido por el sujeto policéfalo” (Lacan, 1954-1955: p. 254).

Precisamente, en el instante de mayor fragmentación y caos imaginario surge la fórmula escrita “trimetilamina”, palabra enigmática en la que desemboca el sueño, irrupción de un significante suelto que divide al sujeto y lo hace descomponerse y desaparecer. Como en el punto en que la Hidra de Lerna pierde sus cabezas, dice metafóricamente Lacan, “la voz de nadie” (Lacan, 1954-1955: p. 258) hace surgir esa palabra oracular, poniendo en juego el carácter acéfalo del sujeto del inconsciente. En ese sentido, en este sueño el surgimiento del cuerpo fragmentado se articula con el surgimiento del sujeto del inconsciente.

De esta manera, el análisis de este sueño permite vislumbrar que la fragmentación corporal puede llegar a conectar con el objeto de angustia, con lo imposible de decir –muerte, sexualidad y deseo<sup>13</sup>–. Con la irrupción de un real que fragmenta la unidad del cuerpo y del yo, borra la imagen y divide al sujeto.

En la experiencia de análisis de una neurosis el surgimiento de la fragmentación, los puntos de agujero en la unidad imaginaria, se produce en los momentos “en que nos acercamos a los elementos traumáticos” (Lacan, 1953-1954: p. 292), fundados en una imagen no integrada y desconocida de sí: “...es a partir de estos agujeros que el sujeto puede reagruparse en las diferentes determinaciones simbólicas que hacen de él un sujeto con historia” (Lacan, 1953-1954: p. 292). A su vez, en las neurosis en esa desagregación de la unidad “el sujeto encuentra el material significativo de sus síntomas” (Lacan, 1956: p. 402). En ese sentido, el síntoma histérico pone en juego una “fragmentación anatómica” (Lacan, 1955-1956: p. 255) pero de una anatomía que es, como dijimos en el apartado anterior, fantasmática, imaginaria, que sigue las vías del significante y que da cuenta de cómo las palabras dividen, fragmentan al cuerpo. Y en un análisis, el confrontarse con esos puntos de fragmentación de la unificación del cuerpo y de fractura en la síntesis de la historia que lo representa como “yo”, trabajándolos bajo transferencia, el sujeto posicionado neuróticamente puede historizar sus marcas significantes y reescribir su historia (Lacan, 1953-1954).

En los fenómenos elementales de las psicosis la fragmentación se da en el plano del cuerpo y de la identidad misma del sujeto: “Hay literalmente fragmentación de la identidad (...) menoscabo de la identidad de sí mismo” (Lacan, 1955-1956: p. 141). En Schreber, la fragmentación de la identidad se manifiesta en su delirio, en las múltiples identidades de un mismo personaje fragmentado (Flehsig; Dios), y la fragmentación del cuerpo en sus alucinaciones, por ejemplo, en “los hombrecillos”, enigmáticas identidades que penetran en su cuerpo y lo dividen. Se trata de una fragmentación que da cuenta de la disolución radical de la realidad del sujeto, del cuerpo y “del otro en tanto que identidad” (Lacan, 1955-1956: p.141).

El surgimiento de la fragmentación de lo imaginario

en una estructura psicótica y en una estructura neurótica responde a diferentes elementos. Diversos autores psicoanalíticos se refieren a esta diferencia estructural. Entre ellos, destacamos los estudios de Silvia Amigo e Isidoro Vegh, pues estos autores trabajan la referencia diagnóstica a partir de la relación *cuerpo-toro*, relación que hace a nuestro tema de investigación. Sirviéndose de las reversiones que se pueden practicar en la superficie del toro, Amigo entiende la fragmentación en las psicosis, especialmente en la esquizofrenia, como consecuencia de la falla en la identificación primaria al significante; identificación que es condición de posibilidad de la falta del objeto *a* y, por ende, del armado del cuerpo (Amigo, 2007). En resonancia con estas conceptualizaciones, y sirviéndose también del toro, Vegh propone que los fenómenos de despedazamiento, despersonalización, desrealización en la esquizofrenia responden a la falla en la identificación primaria y al rasgo unario (Vegh, 1991).

De este modo, podemos decir que, si bien el efecto de fragmentación corporal puede reconocerse en múltiples formas psicopatológicas, –por ejemplo, en el síntoma conversivo de la histeria y en los fenómenos llamados psicósomáticos–, en las psicosis, especialmente en la esquizofrenia, la fragmentación de la unidad y de la consistencia imaginaria da cuenta de una carencia radical en la constitución del cuerpo.

### Objeto *a* y fragmentación

El cuarto abordaje de la fragmentación lo hallamos a comienzos de los años ‘60, período en el cual la fragmentación se entrama con el efecto del objeto *a* sobre la unidad corporal: del objeto como objeto perdido y separado del cuerpo.

En este período de su obra Lacan hace una relectura del estadio del espejo introduciendo allí la función del rasgo unario<sup>14</sup>, el objeto *a* y el falo imaginario. En ese sentido, propone que el ideal del yo interviene en este estadio ofreciéndole al sujeto la imagen especular, *i(a)*, yo ideal, “imagen deseable y destructiva al mismo tiempo” (Lacan, 1960-1961: p. 393), mediante la transmisión del “signo *imagen de a*” (Lacan, 1960-1961: p. 393). Esto quiere decir que no hay identificación imaginaria sin el reconocimiento del Otro del valor de esa imagen. Y esa mirada de asentimiento del Otro en la relación narcisista “se interioriza mediante un signo” (Lacan, 1960-1961: p. 395), el “punto I mayúscula del rasgo único” (Lacan, 1960-1961: p. 395). Por eso Lacan destaca que la satisfacción narcisista en la relación del sujeto con el yo ideal, con la imagen de su cuerpo, depende de la posibilidad de referencia a este signo<sup>15</sup>. Se trata de la introyección simbólica del ideal del yo.

Asimismo, para la constitución del cuerpo es preciso que, en esa imagen y presencia del sujeto en el Otro, el objeto *a* en tanto objeto pulsional esté perdido y separado. Tornándose así el *a* objeto causa de deseo<sup>16</sup>. Pues: “Es a ese objeto inasible en el espejo al que la imagen especular da su vestimenta” (Lacan, 1960b: p. 778). Una

de las formas de la aparición de la falta en lo imaginario es el falo como *menos phi*, (-φ), el objeto imaginario de la castración. El objeto fálico aparece como la “parte faltante de la imagen deseada” (Lacan, 1960b: p. 782), “como un blanco en la imagen del cuerpo” (Lacan, 1960-1961: p. 424), cuya presencia invisible le da brillo.

Como en la pintura “El nacimiento de Venus” de Botticelli, Venus Afrodita saliendo de las olas, su “cuerpo erigido por encima de las ondas del amargo amor” (Lacan, 1960-1961: p. 429 y 430), en esta imagen, dice Lacan, suponemos que el falo se manifiesta bajo lo que funciona como velo. Si el falo se manifiesta en su cuerpo deslumbrante “es precisamente en la medida en que no se encuentra ahí” (Lacan, 1960-1961: p. 430); el objeto del deseo está velado y puesto en relación con una ausencia.

Si bien en estos años Lacan vuelve a destacar que las imágenes del cuerpo fragmentado se juegan “en el plano del sueño en toda experiencia individual, con o sin análisis” (Lacan, 1960-1961: p. 246), en la pintura, por ejemplo, en la imagen del “San Jorge” de Carpaccio (Lacan, 1960-1961) –en sus dibujos de miembros desunidos, huesos y esqueletos humanos por doquier–, o en la literatura, por ejemplo, en la novela “El diablo enamorado” de Cazotte –en la representación de “una extraña cabeza de camello metamórfico” (Lacan, 1960-1961: p. 432) que articula con voz atronadora el *Che vuoi?* que tanto asusta al protagonista–, en este momento de su enseñanza resalta que lo importante es que en el campo del Otro el sujeto encuentra no sólo las imágenes de su propia fragmentación, ya que ése es, como destaca el psicoanalista Dor, el fantasma más extendido y fundamental “en los orígenes de todas las relaciones del hombre con su somática” (Lacan, 1960-1961: p. 246), sino que también encuentra los objetos del deseo.

Tal como desarrollamos unas líneas más arriba, se trata del objeto *a* atravesado por la castración y recubierto por velos imaginarios que otorgan brillo fálico al cuerpo: del objeto parcial en tanto *agalma* (Lacan, 1960-1961). En el registro imaginario corresponde a la falicización del objeto *a*. Los objetos parciales del deseo –oral, anal, escópico, invocante, fálico–, que en función de “máscara” sostienen la apariencia de la imagen y la ilusión de “persona”<sup>17</sup>, muestran al mismo tiempo la problemática de esa función: pues la figura humana tiene como condición y soporte la pérdida y separación del objeto y la fragmentación corporal. Como en la técnica manierista que emplea el pintor Arcimboldo, de representar el rostro humano mediante la combinación, la coalescencia y el ensamblaje de un montón de objetos dispuestos en el cuadro de tal forma que logran imponer la imagen del rostro, a la vez que sugiere algo del orden del “desensamblaje de los objetos” (Lacan, 1960-1961: p. 272).

Así lo expresa Lacan: “Estos objetos, que tienen de alguna manera la función de máscara, muestran al mismo tiempo la problemática de esta máscara. En definitiva, es con esto con lo que siempre nos enfrentamos cada vez que vemos intervenir esa función tan esencial de la *persona* (...) si hay necesidad de persona es que tal vez detrás de ella toda presencia se zafa y se desvanece. Y sin duda,

la *persona* resulta de una reunión compleja. Ahí reside en efecto el engaño y la fragilidad de su subsistencia. No sabemos nada de lo que pueda sostenerse detrás, pues lo que se nos sugiere es una apariencia redoblada, un redoblamiento de la apariencia que deja la interrogación de un vacío –la cuestión es saber qué hay en último término” (Lacan, 1960-1961: p. 272).

Desde esta perspectiva, en *El Seminario 8* Lacan señala que la falta de la imagen no es lo que hace surgir la angustia, sino la irrupción de lo real del objeto del deseo que perturba al yo ideal. En ese sentido, en *El Seminario 10* el surgimiento de la angustia es definido como la irrupción del objeto *a* en el lugar de la falta, del *menos phi*. La angustia comienza entonces cuando “la falta viene a faltar” (Lacan, 1962-1963: p. 52). Como en el sueño de la Inyección de Irma, se trata del surgimiento del objeto no especularizable, que quiebra los velos fálicos y fragmenta la imagen del cuerpo y la consistencia del yo. Así, delimitamos una cuarta acepción de la fragmentación, como efecto del surgimiento de lo real del objeto del deseo<sup>18</sup> en lo imaginario.

Ahora bien, para las neurosis suponemos el entramado edípico de las identificaciones que constituyen al yo; y éstas tienen como condición la identificación del sujeto al rasgo unario. En cambio, para las psicosis, como señalamos en el apartado anterior, no suponemos ni hallamos dicho entramado. Al respecto, la psicoanalista Ivón Haddad explica que: “No encontramos en la psicosis la huella de la falta del objeto, es decir no hay en este caso un ‘soporte’ para la constitución del Ideal del yo y, por lo tanto, para el armado del cuerpo. Entonces, podríamos decir que tanto el primero como el segundo tienen otro estatuto que en la neurosis” (Haddad, 2014: p. 6).

Por eso, en las neurosis el surgimiento de lo real del objeto en el registro de lo imaginario tiene como efecto una fragmentación del yo que, si bien agujerea a la imagen esférica del cuerpo y que puede llegar a producir angustia, es decir, la suspensión de las insignias y marcas identificatorias que sostienen y conforman al yo, hay un entramado edípico que posibilita que no haya una disolución radical del cuerpo y del yo. Pudiendo entonces tornarse esta fragmentación corporal, en algunos momentos de un análisis psicoanalítico, en una ocasión para la interrogación y reinvencción de la relación del sujeto con su cuerpo y su imagen.

## Conclusiones finales

Para finalizar, y como parte de las conclusiones, quisiéramos extraer y fijar algunos aportes teóricos y clínicos que se desprenden de la noción lacaniana de la fragmentación.

Respecto de los aportes teóricos, la exploración de la fragmentación posibilita hacer precisiones que dan cuenta que no se trata de una noción compacta y homogénea –pues en general solemos referirnos a la fragmentación a secas–. Así, hallamos cuatro acepciones distintas de la fragmentación, a saber:

- a. Como desagregación de la unidad y del funcionamiento del organismo.
- b. Como operación del lenguaje sobre las necesidades del viviente.
- c. Como efecto del lenguaje, la fase autoerótica que antecede al estadio del espejo, de la satisfacción anárquica de las pulsiones parciales.
- d. Como efecto de la irrupción de lo real del objeto en lo imaginario.

Asimismo, cada una de estas acepciones implica una lectura sobre aquello primario que precede a la unidad corporal, a saber: la enajenación primera al significante; la pérdida de la naturalidad del objeto; el desarreglo y la prematuración biológica; el objeto *a*; la satisfacción pulsional; la falta de identidad.

De esta conceptualización se desprende un modo de pensar el cuerpo que no se reduce al registro simbólico-imaginario, sino que introduce la articulación simbólico-real, posibilitando analizar el cuerpo en relación a la demanda significante, la pulsión, el objeto *a* y el falo.

Respecto de los aportes clínicos, la exploración de la noción de fragmentación articulada al cuerpo posibilita pensar de qué formas y modos ésta puede ponerse en juego. Así, delimitamos que, en determinados momentos del trabajo de un análisis, en los síntomas neuróticos y psicóticos, en el surgimiento de la angustia, en el juego de los niños pequeños, en determinadas prácticas sociales –como la moda y ciertos ritos del tatuaje, de la incisión y de la circuncisión–, en el arte y en los sueños, la fragmentación corporal puede hacerse presente agujereando la unidad imaginaria. De esta manera, vislumbramos una determinada relación del sujeto con su cuerpo que no es de unificación, sino de fragmentación y agujero.

A su vez, las referencias lacanianas a la *imago del cuerpo fragmentado* y a la fragmentación de una *anatomía fantasmática* permiten delimitar y definir algunos modos en que la fragmentación corporal puede ponerse en juego en las neurosis. Asimismo, las referencias de Lacan sobre la fragmentación de la identidad permiten delimitar la fragmentación del cuerpo y del otro especular propia de las psicosis, dando cuenta con ello de la disolución radical de lo imaginario –del cuerpo, el yo y la realidad– en los desencadenamientos psicóticos.

La exploración de la fragmentación también nos permitió estudiar qué sucede a nivel de la imagen del cuerpo cuando el objeto *a* en su vertiente de objeto real irrumpe en el registro de lo imaginario en las neurosis. Queda para un próximo y futuro trabajo de investigación la exploración de lo que, en “El Seminario 9”, Lacan denomina la *disimetría especular*, de la imagen del cuerpo y el objeto *a* en tanto objeto causa de deseo en las neurosis, y la articulación de dicha disimetría con la *disimetría radical*, del objeto del deseo y la demanda en la relación del sujeto con el Otro, a partir de las formalizaciones que realiza sirviéndose de la superficie del toro.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amigo, S. (2007). *Clínicas del cuerpo: Lo incorporal, el cuerpo, el objeto a*, Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2007.
- Constantini, L. (2016). Proyecto de investigación UBACyT 2014-2017: *Formalizaciones del cuerpo en la obra de J. Lacan a partir de la superficie del toro: Seminario IX, La Identificación, y Seminario XXIV, l'insu que sait de l'une-bevue s'aile 'a mourre*. Inédito.
- Constantini, L. (2017). “El cuerpo y la falta en el Seminario IV: *La relación de objeto* (1956-1957), y en el Seminario IX: *La identificación* (1961-1962), de Jacques Lacan”. En: *Revista Universitaria de Psicoanálisis*. Año 2018, N° 18. Facultad de Psicología, U.B.A. Pág.: 89-98. N° ISSN 1515-3894.
- Dor, J. (1985). *Introducción a la lectura de Lacan I*. Barcelona: Gedisa, 1994.
- Freud, S. (1900 [1899]). “La interpretación de los sueños”. En: *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, Volúmenes IV y V, 2005.
- Freud, S. (1905 [1901]). “Fragmento de análisis de un caso de histeria”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, Vol. VII, 2007.
- Freud, S. (1909). “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, Vol. X, 2007.
- Freud, S. (1923). “El yo y el ello”. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, Vol. XIX, 2005.
- Haddad, M. I. (2013). “La función del rasgo unario en la identificación: un estudio sobre la especificidad del concepto de rasgo unario desde los aportes del Seminario 9, *La identificación*” (1961-1962) de J. Lacan. Inédito.
- Haddad, M. I. (2014). “Identificación, sujeto y cuerpo: algunos aportes de conceptos lacanianos en la enseñanza de la psicopatología”. En: *Jornadas Jacques Lacan y la Psicopatología*. Psicopatología Cátedra II - Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2014. p. 1-7.
- Jung, C. (1913-1955). “Neurosis y factores etiológicos en la infancia. El complejo parental”. En: *Ensayo de exposición de la teoría psicoanalítica*. En *Obras Completas*, Volumen 4. *Freud y el psicoanálisis*. Madrid: Editorial Trotta.
- Lacan, J. (1938). *La familia*. Buenos Aires: Argonauta, 2003.
- Lacan, J. (1946). “Acerca de la causalidad psíquica”. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1948). “La agresividad en psicoanálisis”. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1949). “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1953). “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1953-1954). *El Seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Lacan, J. (1954-1955). *El Seminario. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Lacan, J. (1955). “Variantes de la cura-tipo”. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1955-1956). *El Seminario. Libro 3. Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1956). “La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

- Lacan, J. (1956-1957). *El Seminario. Libro 4. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1957-1958a). *El Seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1957-1958b). “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En *Escritos 2*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1958a). “La significación del falo”. En *Escritos 2*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1958b). “La dirección de la cura y los principios de su poder”. En *Escritos 2*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1958-1959). “El Seminario. Libro 6. El deseo y su interpretación”. Inédito.
- Lacan, J. (1960a). “Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache: ‘Psicoanálisis y estructura de la personalidad’”. En *Escritos 2*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1960b). “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”. En *Escritos 2*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Lacan, J. (1960-1961). *El Seminario. Libro 8. La transferencia*. Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Lacan, J. (1961-1962). “El Seminario. Libro 9. La identificación”. Inédito.
- Lacan, J. (1962-1963). *El Seminario. Libro 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Leibson, L. (2018). *La máquina imperfecta: Ensayos del cuerpo en psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva, 2018.
- Mazzuca, R. (1984). “Los conceptos lacanianos en la enseñanza de la psicopatología”. En Schejtman, F. (comp.) *Psicopatología: clínica y ética. De la psiquiatría al psicoanálisis*. Buenos Aires: Grama, 2013. PP. 301-384.
- Miller, J.-A. (2014). “El inconsciente y el cuerpo hablante”. En *Lacanianana, N° 17, Revista de la Escuela de la Orientación Lacanianana*. Buenos Aires, 2014. PP. 19-33.
- Schejtman, F. (2013). “Una introducción a los tres registros”. En Schejtman, F. (comp.) *Psicopatología: clínica y ética. De la psiquiatría al psicoanálisis*. Buenos Aires: Grama, 2013. PP. 385-447.
- Schejtman, F. y Leibson, L. (2014). “Proyecto de investigación UBACyT 2014-2017: Diagnósticos en el último período de la obra de Jacques Lacan (1971-1981)”. Inédito.
- Soler, C. (1993). “El cuerpo en la enseñanza de Jaques Lacan”. En Gorali, V. (comp.) *Estudios de psicósomática*. Buenos Aires: Atuel, 1994. vol. I, PP. 93-114.
- Vegh, I. (1991). *Matices del psicoanálisis*. Buenos Aires: Agalma., 1991.

## NOTAS

<sup>1</sup>Decimos “inauguralmente” porque, si bien este reconocimiento lo ubicamos en los primeros años de vida, la identificación imaginaria del estadio del espejo “no es simplemente un momento del desarrollo” (Lacan, 1953-1954: p. 121), sino también una operación que resulta constitutiva de la construcción y de la pérdida de la estructura del yo a lo largo de toda la vida de un sujeto. Pues el yo es la suma de las identificaciones imaginarias del sujeto.

<sup>2</sup>En psicoanálisis los términos “organismo” y “cuerpo” no son equivalentes. El primero queda reservado para referirse al cuerpo biológico, al cuerpo como un organismo viviente, y el segundo para referirse al cuerpo como una unidad a construirse.

<sup>3</sup>Dentro del campo de la Biología, anatomistas y embriólogos reconocen tal atraso del desarrollo al nacer. En ese sentido, en 1926 el anatomista Lodewijk ‘Louis’ Bolk, al que Lacan hace referencia (Lacan, 1946, 1949), propone su teoría de la *fetalización*: la cría humana nace como un feto de primate, bajo condiciones y estados que en los primates son transitorios y que en la especie humana son permanentes. Asimismo, Bolk señala que las distintas funciones orgánicas se desarrollan a un ritmo desigual y de manera incoordinada.

<sup>4</sup>Años más tarde Lacan vuelve a referirse a esta cuestión, haciendo alusión a la fábula de Menenio de Agripa y al cuadro de Carpaccio, “San Jorge y el dragón”, critica las perspectivas psicoanalíticas que plantean como meta del análisis la integración de las etapas pregenitales, las pulsiones y objetos parciales, los estados fragmentarios y las formas fragmentadas del cuerpo, en el yo del analizante. Es decir, el yo en función de síntesis (Lacan, 1954-1955, 1960a).

<sup>5</sup>El término “imago”, que en latín significa *imagen*, se usaba ya en la Antigua Roma para designar las máscaras funerarias. En el ámbito psicoanalítico este término fue propuesto por Jung para designar las imágenes, fantasías y representaciones inconscientes del sujeto de aquellos otros primordiales que intervinieron en sus primeros cuatro años de vida. Se trata de “imágenes subjetivas” (Jung, 1913-1955: p. 132) que continúan existiendo en el aparato psíquico del sujeto. Jung definió la *imago* materna, la *imago* paterna y la *imago* fraterna. En su escrito *La familia* Lacan articula los tres complejos centrales de la estructura familiar con tres *imagos*, a saber: el complejo del destete o complejo materno y la *imago* del seno materno; el complejo de intrusión y la *imago* del semejante; el complejo paterno y la *imago* del padre.

<sup>6</sup>En el caso *Juanito* (Freud, 1909), caso paradigmático para pensar el complejo de castración, podemos encontrar diversas *imagos* del cuerpo fragmentado, a saber: en la fantasía y el temor de que un caballo le muerda y le corte su “hace-pipí”; en la fantasía y el temor de ser devorado por la madre; en el juego de perforar la panza de su muñeca; en el fantasma de la bañera -el instalador destornilla la bañadera y luego con un taladro le agujerea su vientre-; en el fantasma del fontanero -que con sus tenazas le quita primero el trasero para ponerle otro y luego su “hace-pipí”.

<sup>7</sup>Con el término “viviente” Lacan se refiere “a lo que vive como algo real” (Mazzuca, 1984: p. 315), al niño *infans* en tanto ser viviente. En ese sentido, en *El Seminario 5* ubica al viviente en el registro de lo real, a diferencia del cuerpo, que corresponde al registro de lo imaginario.

<sup>8</sup>La estructura del lenguaje es un conjunto de elementos y de relaciones entre sus elementos, los significantes. Estos son unidades discretas, que no están en continuidad, sino que están cortadas una con respecto a las otras. La identidad y el valor de un significante se definen por su oposición y diferencia con otro significante. Su operación es siempre de corte y de diferencia. El lenguaje entonces es un sistema que opera por el establecimiento de diferencias. En ese sentido, en el *Seminario 9* Lacan afirma que “el significante es corte” (Lacan, 1961-1962: clase 30/05/1962), y que “el corte engendra la superficie” (Lacan, 1961-1962: clase 30/05/1962).

<sup>9</sup>Este sujeto no es el sujeto tomado por un discurso, o el sujeto deseante, sino un sujeto sujetado, alienado al S1, a los significantes del Otro primordial. Se trata del sujeto que en el *Seminario 10* Lacan denomina “el sujeto del goce” (Lacan, 1962-1963: p. 189), el sujeto primitivo o hipotético: “... S, el sujeto todavía no-existente, que debe situarse como determinado por el significante” (Lacan, 1962-1963: p. 35).

<sup>10</sup>Asimismo, la prematuración del nacimiento en el ser humano, su total desvalimiento, abre también a dicha captura mortificante de lo simbólico. Así lo expresa Lacan: “En efecto, es por la hiancia que abre esta prematuración en lo imaginario, y donde abundan los efectos del estadio del espejo, como el animal humano es *capaz* de imaginarse mortal, no es que pueda decirse que podría eso sin su simbiosis con lo simbólico, sino más bien que sin esta hiancia que lo aliena a su propia imagen no habría podido producirse esa simbiosis con lo simbólico en la que se constituye como sujeto a la muerte” (Lacan, 1957-1958b: p. 528 y 529).

<sup>11</sup>Respecto de la operación de corte que el significante introduce, Mazzuca y Schejtman delimitan y distinguen dos efectos: el efecto de fragmentación, es la fase del autoerotismo, y de unificación, que corresponde a la fase del narcisismo y a la operación simbólica de la castración -que corta y separa el goce pulsional del cuerpo- (Mazzuca, 1984; Schejtman, 2013).

<sup>12</sup>Este “objeto primitivo” (Lacan, 1954-1955: p. 249) que angustia es un antecedente del concepto de objeto *a* en su vertiente de objeto real, como causa de la angustia, que Lacan introduce en los Seminarios 8 y 9, y formaliza en *El Seminario* 10. Se trata de un objeto real que agujerea la unidad imaginaria y detiene la cadena significante.

<sup>13</sup>Se trata de “lo real del deseo” (Lacan, 1960-1961: p. 417) que Lacan articula con la angustia.

<sup>14</sup>En *El Seminario* 8 Lacan se refiere al *Einzigster Zug* como “rasgo único”, y en “Subversión del sujeto y dialéctica” del deseo en el inconsciente freudiano como “trazo unario”. En la clase IV del *Se-*

*minario* 9 Lacan explica la necesidad de traducir el *Einzigster Zug* como “rasgo unario” en lugar del término “único”, para pensar “el nervio de lo que se trata en la distinción del estatuto del significante” (Lacan, 1961-1962: clase 06/12/1961), y aclara que el término “unario” lo extrae del campo de las matemáticas, de la teoría de conjuntos. Al respecto, Haddad (2013) explora el pasaje del “rasgo único” al “rasgo unario” en “El Seminario 9” y las implicancias que dicho pasaje comporta.

<sup>15</sup>En su escrito “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” Lacan se refiere al trazo unario no ya como un signo, sino como aquello primario que colma “la marca invisible que el sujeto recibe del significante” (Lacan, 1960b: p. 768), y que aliena al sujeto “en la identificación primera que forma el ideal del yo” (Lacan, 1960b: p. 768). En continuidad con esta idea, en el *Seminario* 9 conceptualiza al rasgo unario como el soporte de la relación primera del sujeto al significante y de la posterior identificación imaginaria del estadio del espejo.

<sup>16</sup>Sobre el objeto *a* en la obra de Lacan, Schejtman (2013) delimita cinco versiones del objeto, a saber: i. el objeto que falta por estructura. ii. el agujero que queda para el ser hablante por dicha falta radical. iii. los objetos pulsionales. iv. el objeto causa de deseo. v. el objeto de amor, *i (a)*, recubierto por velos imaginarios.

<sup>17</sup>Lacan juega con la etimología de la palabra “persona”, en griego *máscara*.

<sup>18</sup>En “El Seminario 9” Lacan ubica a la metonimia del objeto del deseo en el agujero central de la superficie del toro.